

## El concepto de nación étnica y literaria de España según Menéndez y Pelayo (\*)

En el Centenario del nacimiento de Menéndez y Pelayo, superada la curva más o menos descendente en que le había hundido la política intelectualista de izquierda, política de despremiar y de silenciar valores, se unifica España para enaltecerle, como en el día de su muerte. Se han dejado oír en actos conmemorativos o en artículos entre muchísimas otras que han formado coro compacto las voces de Laín Entralgo, Muniain, Dámaso Alonso, García Valdecasas, Rey Pastor en el homenaje de la Universidad Central; en Granada la del Arzobispo García de Castro, en Sevilla, la de Pérez Embid, en otras partes las de Antonio González, Blanca de los Ríos, Font y Puig, Pérez Bustamante, Jorge Vigón, Muñoz Alonso, Morales Oliver.

Como un recorte de la conferencia que tuvimos en Balmesiana con la ilusión de levantar un grado, aquella curva descendente de la infravaloración injustificada e injusta de este inmenso valor, vamos a exponer en estas páginas la idea que M. Pelayo tuvo de la Nación Española, en cuanto Nación étnica y en cuanto Nación literaria. Este tema es de interés no sólo en sí mismo, sino también por ser uno de los que tienen un carácter filosófico más marcado y por ello, uno de los que mejor revelan las cualidades de Menéndez Pelayo como filósofo profundo, y eso en un campo nada fácil como es el teórico de la etnografía de las Naciones.

Previamente y para evitar confusionismos, conviene fijar lo que entendió Menéndez Pelayo por España, Patria, Nación española, Estado español. Distintos nombres para expresar la misma realidad pero con diversas modalidades o formalidades topográficas, jurídicas, sociales, políticas, lingüísticas, éticas, etc.

España; digámoslo ya antes de la discusión, para Menéndez Pelayo, como objeto de su estudio y de su vida toda, no era un ente de razón, ni un ente abstracto, ni meramente un concepto filosófico, ni una entelequia, sino que era una realidad real y concreta, aunque compleja. Esa que todos entendemos bajo el signo fonético de la pa-

(\*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana, el día 11 de abril de 1956.

labra España, ni más ni menos como lo que entendemos en la palabra Alemania o Francia o Italia o Inglaterra.

Hacia esta realidad concreta orienta Menéndez Pelayo toda su actividad y por ahí discurre todo el valor y sentido histórico de su vida y también toda su grandeza. Y aunque, es verdad que estudió a fondo el concepto filosófico de Nación, como vamos a ver, pero no hay que empeñarse en empequeñecer el problema de España en Menéndez Pelayo y así también algo la figura que lo hizo objeto de su vida, que es lo que se haría al querer restringir el problema de España en Menéndez Pelayo a la mera indagación y precisión sutil del concepto filosófico de España como Nación; problema poco menos que de géneros y de especies.

En este problema, y en general en los problemas, Menéndez Pelayo no habló o no quiso hablar como un filósofo sistemático, lógico, aristotélico. Se expresó como quien entendía la realidad de España, de un modo real, humano, en el sentido del lenguaje corriente, si se quiere un poco totalitariamente a lo Platón y con gran talento comprensivo. Con eso no queremos decir que en éste como en los múltiples problemas que él se plantea, de estética, de historia, de política, de poesía, no tenga un problema sustante y subyacente filosófico-metafísico. De las dos formas históricas que presenta el hombre en la expresión de su saber filosófico, Platonismo y Aristotelismo, M. Pelayo fué más Platónico que Aristotélico, no siguió al filósofo de las Categorías, del Perihermenias, de la Metafísica o del Organon. Y por eso no fué sistemático, sino que siguió, más bien en su discurrir los vuelos filosóficos poéticos de Platón.

## I

### Origen de la Nación Etnica

¿Qué idea tuvo Menéndez Pelayo de su propio pueblo? ¿Qué es lo que según él, da unidad histórica a los actos de los españoles de modo que la palabra España sea como en realidad es, algo más que un rótulo puesto en el Mapa sobre esta piel de toro sobre esta península Ibérica? ¿Cómo ve él la nación a que como español pertenece? Sería inútil buscar en sus obras un estudio sistemático del tema o una tesis formalmente concebida y desarrollada. Se puede decir que no lo hizo casi con ningún problema. Eso hay que indagarlo cuidadosamente a través de las ligeras referencias que en torno a esa cuestión hay en sus textos. Antes de estudiar la opinión de M. Pelayo sobre el concepto de Nación insinuamos cómo se realizó y cristalizó ese concepto históricamente en los últimos siglos en las concepciones históricas que llamamos Nación.

La idea de Nación en contraste con el Imperio de suyo la fo-



mentaba más el derecho germánico, mientras el Derecho Romano antiguo fomentaba más bien la idea de Imperio. Al ponerse entre nosotros en contraste los dos derechos romano y germánico en las invasiones de los pueblos Nórdicos, y en épocas del Renacimiento primerizo, siglos XII y XIII, la Monarquía feudal se prestaba más a las federaciones y al Imperio. La autoridad del Monarca, dominante en León, quedaba limitada o mediatizada por los pactos feudales influenciados por el derecho visigótico con los Nobles, potencias más o menos independientes; mientras que el Derecho Romano, con el concepto del Monarca, *Señor natural*, prescindiendo de los pactos y obligando a un vínculo natural de vasallaje, dominante en Castilla, robustecía más y más la autoridad de Imperio.

Todo el Renacimiento del siglo XVI con el culto de las lenguas nacionales, desmembradas de la lengua latina, lengua de Imperio, aumenta el sentido de Nación. La idea del Príncipe lanzada por Machiavelo fué en esto decisiva. Pudiera parecer que propendía a fomentar teóricamente un organismo político de alcance imperialista. Pero esa teoría de la formación de Unidad de Poder, en el Príncipe, con fines que pueden estar por encima de los intereses y de la moral humana, desconectada de los demás pueblos con derecho a aprovechar toda ocasión para robustecer y amplificar su poder, incluso por la violencia o por la astucia y por la conculcación de los derechos de los demás; esa teoría realizada por uno solo hubiera llevado sí, al Imperialismo totalitario y absoluto, pero compartida por los demás Príncipes con igual derecho, dió como resultado las Naciones y Estados modernos y las guerras modernas, por el orgullo de fortalecer y amplificar cada uno la propia unidad de poderío.

Desde fines del siglo XVIII, el tema de las Naciones como entidades históricas está sobre el tapete de los historiadores y políticos. El discurso de Fichte a la Nación Alemana, las obras de Wagner, el individualismo atomizado renacentista y otros muchísimos factores literarios y políticos fomentaron en Alemania y en Europa todo el sentimiento de las nacionalidades. El fruto tardío de todo eso será en la Italia del siglo XX el Fascismo de Mussolini y en Alemania el Racismo del mito de la sangre de Rósenberg, bajo Hitler.

La palabra Nación vino a ser en el siglo XIX lo que había sido la palabra raza en el siglo XVII y la palabra naturaleza en el XV una palabra mágica, como el totalitarismo, o la democracia en nuestros días, para dar cierto ilusionismo a los políticos cuando no pretenden ser y son un sustituto de Dios. Ziegler dirá en su obra «Die Moderne Nation» (1931), que el politeísmo de las Naciones —las Naciones convertidas en Dioses— es uno de los ejes cardinales para interpretar la historia del Ochocientos. Europa llega a ser con esas teorías como un Olimpo de un conjunto de Naciones —dioses más o menos amistados o enemistados entre sí. La nación viene a ser como una especie de divinidad y se pretende que los hombres sólo crean, esperen y amen a la Nación; las virtudes teologales cambian su ob-

jeto que no es ya Dios sino la Nación, o si se quiere es la Nación divinizada y se cae en la Estatolatría Nacional.

Para huir de ese extremo no pocos se fueron al opuesto de aversión nacional, cayendo en cierto cosmopolitismo apátrida. Aquel exceso de divinización no justifica este otro. Porque tanto se ha de evitar que la Nación se trague a las personas como que personas se traguen a la Nación. So pretexto de libertad y cosmopolitismo el individuo no se ha de desarraigar de la nación, perdiendo así el individuo ese modo de inserción en la Historia dentro de una Nación. Estos dos excesos son muy generales en Europa en el siglo XIX. Pero apresurémonos a decir que si en alguna parte no se realizó en ese siglo XIX el concepto de divinización de la Nación fué en España, porque vamos a ver que en ese siglo llegamos casi a despedazarnos a nosotros mismos como Nación. La gran misión de Menéndez Pelayo va a ser precisamente la de devolvernos el pulso, el alma, el principio vital y aun la conciencia como Nación que habíamos perdido totalmente hasta el aniquilamiento propio. En cambio caímos en el extremo opuesto de desentendernos demasiado fácilmente de la nación por el espejismo aparente de cosmopolizarnos, pero en realidad por un individualismo atárquico exagerado, casi ácrata.

## II

### Concepto de Nación Etnica

Fijado ese trasfondo histórico cabría preguntarse: ¿Cómo aborda M. Pelayo el estudio filosófico de esas realidades que se llaman Naciones? Digamos desde luego que la Filosofía y la Metafísica se han metido poco con esas realidades, ni siquiera la Sociología general ni la Política. Es verdad que Platón estudió su República. Aristóteles estudió las constituciones de muchas polis de Grecia. En su Política y en sus estudios muchos creen que no pasó de la consideración de la polis, cosa algo inverosímil en el Maestro de Alejandro, el fundador de uno de los mayores imperios, y en el mayor metafísico de la humanidad, que es lo mismo que universalizador.

Pero cierto, no se ha estudiado a fondo el constitutivo esencial filosófico metafísico, del concepto o de la realidad Nación. ¿Son las Naciones, las Patrias, los Estados ya adjetivados, español, francés, inglés enteleguías, entes de razón, abstracciones?

Menéndez Pelayo se quiso meter en ese problema, buceando en la determinación de los elementos esenciales constitutivos de Nación en un caso particular de la Nación Española, pero aplicables luego como todo concepto universal a las demás Naciones particulares.

No hay que suponer que en este problema M. Pelayo fuera ni totalmente original ni totalmente dependiente. Lain Entralgo ha dejado bien demostrado positiva e históricamente que M. Pelayo recibió



por educación de sus Maestros Laverde y Lloréns las dos explicaciones, según dos escuelas, de la esencia constitutiva de las Naciones, el concepto biologista y el concepto de la idea Hegeliana.

No hay que creer con todo que M. Pelayo fuera un «universitario» que se contentara con las ideas heredadas por los «libros de texto» o por las explicaciones orales de sus Profesores. Siendo un hombre de tan inmensa lectura y de tan extraordinaria erudición de seguro que fué a las fuentes de donde habían bebido sus dos Maestros, pero ahondándolas y agotándolas el discípulo más que sus Profesores.

Dos concepciones de Nación existían antes de M. Pelayo: Para los hombres del siglo XVIII la Nación era como un producto de algo, una resultante, algo producido por determinadas causas (natura naturata).

Para los hombres del siglo XIX la Nación es un modo de ser previo y antecedente a la historia misma, una virtud productora, originadora del curso de la Historia (natura naturans). Existiría pues según esa nueva concepción un substrato nacional que vendría a ser la fuerza radical específica, y sería aquello en cuya virtud se distinguirían unos pueblos de otros.

Ese substrato sería para unos el Espíritu o idea de Hegel que se verifica en su evolución dialéctica, el llamado Volksgeist de Herder. Para otros sería algo así como un cierto germen biológico nacional vivo y vivificador, semejante al principio fisiológico individual. Ese substrato sería lo que llamamos la Raza, el Genio de la Raza relacionado filológica, fisiológica y socialmente con los genes el Espíritu de la Raza, el Carácter, el Estilo, lo Castizo (*Casta*) el *Organismo*, una peculiaridad biológica radical.

Ese substrato sería como el cristal a cuyo través tomarían matiz nacional los problemas genérica y permanentemente humanos y aun el modo de ser de la humanidad y la raza genérica de la humanidad especificándose en la Nación.

Ese genio de la Raza sería el agente específico en cuya virtud se colorearían *castiza* o *nacionalmente* los enfoques de los problemas filosóficos, literarios, artísticos, económicos, de donde provendrían las Filosofías, Literaturas, Arte, Economías nacionales. El Genio Nacional sería como el filtro de los problemas universales y el filtro el modo de ser genérico que da lo específico, a los pueblos.

Prescindiendo de las propias ideas que tuvo sin duda, o del influjo más o menos remoto, más o menos directo de Virchow, Quatrefages, Nietzsche, J. Bautista Vico, Heráclito, es verdad que en germen y como en primera sugerencia Menéndez Pelayo recibió por educación de sus Maestros Laverde y Lloréns en su juventud ese concepto biologista o vitalista de Nación, para explicar la génesis de las naciones y la refracción de la historia universal en historias nacionales, y por otra parte heredó de ellos en germen un concepto de organismo indivisible relacionado con el Volksgeist de progenie Hegeliana.

Dos elementos entran, pues, como constitutivos en el concepto que tiene de Nación Menéndez Pelayo, el naturalismo biológico y la «idea» de Hegel, matizada ésta de psicologismo escocés, y ambos elementos admite Menéndez Pelayo en el concepto de España.

Menéndez Pelayo cree en la nación y ve en ella un modo de ser natural y biológicamente dado. Cada nación corresponde según él a una determinada raza nativa. Esta raza se expresa según la específica índole de su genio y este genio de cada raza se manifiesta a su vez en varias notas raciales activas.

En carta a Menéndez Pidal, expresa él la idea de que hay siempre un lazo más o menos íntimo entre los pensadores de un mismo pueblo, afirmando que es «imposible que filósofos de un mismo pueblo y raza no ofrezcan uno y aun muchos puntos de semejanza en el encadenamiento lógico de sus ideas»... «Es materialmente imposible, añade en la Ciencia Española, (dadas las leyes de la transmisión y de la herencia y salvando siempre los derechos del genio y muchos más los del libre albedrío) que pensadores de una misma *sangre* nacidos en un mismo *suelo* (Blut und Boden) sujetos a las mismas *influencias* físicas y morales y *educados* directamente los unos por los otros, dejen de parecerse en algo y en mucho, aunque hayan militado o militen en escuelas diversas y aun enemigas».

En cambio en escritos posteriores, *discurso de apertura en la Universidad*, 1889, tiene otras expresiones en el sentido del Volksgeist de la Romántica de Herder para explicar el concepto de nación. «Todo organismo filosófico, dice, es una forma histórica que va tomando el contenido de la conciencia según las condiciones de tiempo y raza... A través de las formas pasajeras y mudables, el espíritu permanece». En donde no puede menos de percibirse una reminiscencia de Hegel aunque cristianizado.

En la Ciencia Española nos habla del «cuerpo vivo por el cual circula la savia de esa entidad realísima e innegable aunque lograda por abstracción que llamamos genio, índole o carácter nacional».

La índole y el genio dependen de la *raza*, la casta o raza, es por tanto lo primitivo, lo originario. Lo auténtico es, pues, lo racial, lo castizo. La raza da el estilo propio; el estilo propio tendrá como instrumento de expresión la lengua. La raza es pues el *radical* de la Historia. El estilo será la manera de ser, es el signo de la raza en su forma primitiva. Lo substancial y lo formal lo da el estilo, y será el estilo propio de cada genio nacional o de raza. Pero el estilo en este campo de la esencia de la Nación no es sólo la forma exterior de expresión literaria o estilística, es «todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser idea pura» (Estudios I, 9). Y es también «el encadenamiento lógico de las ideas, o la forma». Pero por forma no entiende tampoco aquí la mera exposición literaria sino algo más íntimo y profundo que engendra el sistema.

Parece, pues, cierto que Menéndez Pelayo reconoce el genio de la



raza y el imperativo biológico, pero él está totalmente exento de lo que ese concepto pueda encerrar en otros de panteísmo hegeliano o de determinismo destructor de la libertad humana. El tiene muy buen cuidado de defender por una parte la unidad del género humano y por otra la libertad del individuo, rechazando toda idea de Panteísmo: «Si de algo conviene huir en crítica, (nos dice en Estudios I, 4) es de ese afán de considerar encerradas todas las fuerzas vivas de un pueblo en una unidad panteística, llámese estado, genio nacional, índole de raza».

M. Pelayo salva la unidad del género humano, sin nacionalizar la Historia Universal, convirtiendo su unidad como hace el Hegelianismo en politeísmo de «espíritus del pueblo», y la salva afirmando la fundamental invariabilidad histórica de los problemas en todas las Naciones, hasta el punto de afirmar que de suyo no hay problemas ni soluciones nuevas en la historia del pensamiento humano. «En todas las épocas, dice, se plantean los mismos problemas; los problemas están contados y las soluciones también, repitiéndose eternamente los mismos círculos. El texto de la canción nunca es nuevo, sólo serán nuevos el estilo y el ritmo de la melodía con que ese texto es cantado».

La libertad individual, aunque condicionada por la naturaleza, por la historia y por la educación, la salvaguarda por dos caminos, por lo que él llama «pluralidad en los modos expresivos de un genio mismo nacional», y «por las excepciones». La libertad para él es la facultad en cuya virtud un hombre puede ser una excepción, puede exceptuarse a sí mismo de seguir en sus movimientos humanos esa cierta necesidad con que la naturaleza cósmica y biológica se mueve y en cierto modo nos mueve. Ni esa libertad, hace que la raza sea una cosa renunciabile, o que se pueda perder o adquirir por la educación o por la libre decisión personal, ni esa invariabilidad de los problemas y soluciones quiere decir tampoco que la entidad del genio nacional deje de ser una realidad realísima, quedándose en una cosa más bien posible, —susceptible de ser proyectada y conseguida—, pero no real. Ni la libertad individual lleva consigo que el genio de la raza sea cosa de quita y pon según el libre albedrío y la educación de cada uno.

Es que esas dos cosas son conciliables, porque el genio nacional no es algo que destruye la libertad ni la libertad es algo que destruye el genio nacional. Esa coexistencia es posible en concreto, como se ve por la experiencia, cuando no hay alambicamientos y extremismos en la interpretación de los términos extremos. Se puede ser castizamente español p. ej. o francés o inglés, y se puede ser libre siendo castizamente español, o inglés o alemán.

Lo que él llama «pluralidad en los modos expresivos de un mismo genio nacional», en el tiempo; España romana, celtibérica, árabe, visigoda, medieval, renacentista, moderna, contemporánea; y en el espacio: genio vasco, manchego, gallego o catalán, verbigratia, no

destruye ni la tesis del naturalismo biológico de la tesis genialista, ni hace imposible la unidad histórica de una nación por el fraccionamiento o matizaciones diversas dentro de un mismo genio nacional o racia<sup>1</sup> o a través de los siglos.

Estamos tratando realidades y conceptos que tienen una razón de ser y se puede hablar de ellas con tal que se hable de ellas en el sentido común y ordinario del modo de hablar general, conociendo que cuanto más se baja a especificaciones o individuaciones tanto más difícil resulta dar con las notas verdaderamente especificantes e individuantes.

No es muy difícil por ejemplo hallar las notas específicas de la raza humana. Algo más difícil resulta fijar las razas humanas. Lo cual, si nos quedamos simplemente en el color, es muy factible; blanca, negra, amarilla; pero es más difícil si se quieren meter otros elementos determinantes más intrínsecos de la raza, v. gr., la aria o la china, la japonesa, la india, la africana.

Diversos pueblos darán lugar por ciertos lazos comunes a las unidades de raza que a veces serán difíciles de precisar. Unidad de raza, sajona, (que comprenderá Inglaterra, Alemania, Austria, Estados Unidos); latina (España, Italia, Francia, América); eslava (Polonia, Yugoslavia); rusa (Rusia, Mongolia, Siberia Europea). Por eso no es nada extraño que sea difícil fijar las notas de la raza nacional hispánica, o francesa, o inglesa o italiana; pero no por eso negará nadie el hecho de esas realidades étnicas o nacionales.

Sea lo que fuere de ese concepto Metafísico de Nación en Menéndez Pelayo, o mucho nos equivocamos o Menéndez Pelayo quería determinar simplemente con esas expresiones la España concreta, viva, topográfica, lingüística, literaria, política, filosófica, teológica, religiosa, militar que realiza la «Historia Nacional» en esos diversos órdenes. En una palabra, quiere hablar de la que podríamos llamar la España Histórica. Y esa realidad realísima, de que él habla, creemos que quiere decir simplemente esa España en el sentido común y ordinario sin conexión ni con el «Ens realissimum», Dios, de los escolásticos con peligros nada menos que de panteísmos Hegelianos, ni siquiera con el Volksgeist de Herder o de la Romántica de Alemania.

Lain Entralgo con su estilo anatómico, autopsico, —resabios de profesión—, creemos que alambica los conceptos y los adelgaza tanto que se quiebran y así puede llegarse a la impresión de que Menéndez Pelayo cae en contradicciones, siendo así que esas especulaciones carecen de toda fuerza probatoria con percatarse que en la mente de Menéndez Pelayo esas expresiones tienen un sentido más realista y concreto y no ese alambicado.



## III

**Concepto de Nación Literaria**

Tal vez resulte más interesante el concepto que tiene M. Pelayo de España como Nación Literaria.

El problema del concepto de España como Nación literaria se lo planteó ya expresamente Menéndez Pelayo en la llamada «Introducción al Programa», presentado para las oposiciones a la cátedra de Literatura de la Universidad Central de Madrid, al tener que precisar el concepto de Literatura Española.

Deslindados fácilmente por él los conceptos diversos de Historia de la Literatura o Historia Literaria, reservando la primera expresión para la Literatura propiamente tal y aplicando la segunda a «toda producción que expresa la belleza traducida y realizada por medio de la palabra en que se busque o predomine un elemento estético»; pasa a determinar lo que será o debe ser la Literatura Española. ¿Qué entendemos, se pregunta Menéndez Pelayo, por obras y escritores españoles? Y ahí empieza la dificultad otra vez en el orden abstracto.

Menéndez Pelayo distingue sutilmente y con gran sentido práctico entre nacionalidad política y nacionalidad literaria. Que aunque se influyan mutuamente, son distintas y separables. «El espíritu y genio nacional en literatura deben ser algo distinto del Estado político o Nacionalidad Política». (La Literatura Italiana, dice, tiene desde remotísimas edades una unidad imponente y sólo en muy modernas revoluciones se da un Estado político Italiano). Literatura Inglesa es también la de los norteamericanos; Literatura Española es también la de México y la de las Repúblicas del Sur y sin embargo las nacionalidades políticas, en ambos casos, son distintas. Es preciso tomar las nacionalidades como están constituidas y como las han hecho los siglos; con unidad de algunas cosas y variedad en muchas más, sobre todo en la lengua y en literatura».

«El ideal de nacionalidad perfecta y armónica no pasa de utopía. para conseguirlo sería necesario no sólo unidad de territorio y unidad política, sino unidad de religión, legislativa, lingüística, moral, etc.; ideal que hasta ahora no ha alcanzado pueblo alguno. Por eso dice que hay que comprender en la Nacionalidad Española literaria tomándola en concreto a los escritores hispanorromanos, (Sextilio Hena, Porcio Latrón, Séneca, Lucano, Quintiliano, Marcial). Han de entrar también los apologistas y poetas cristianos que escribieron en latín (Prudencia, San Isidoro, San Leandro, San Braulio y Tajón, San Ildefonso, y San Eugenio). De algún modo entran los árabes y hebreos, desde luego entran de lleno las literaturas provenzales, galai-ca, portuguesa, leonesa y catalana; los hispano latinos del Renacimiento (Vives, Mariana)» y con una proyección universalista e impe-

rialista, «todos los autores de Hispano América entran en el concepto de literatura española de algún modo e incluso la Nación vecina Portugal». Esto es para Marcelino Menéndez Pelayo, España en cuanto Nacionalidad literaria.

Ni siquiera el concepto de Nacionalidad política, continúa precisando, es idéntico al de Estado. Dentro de un Estado caben no sólo las Naciones, sino razas diversas como acontecía en el Imperio Austriaco y sucede en Rusia aún hoy día. Si ni siquiera la Etnografía se ajusta a las divisiones políticas ¿hemos de pretender amoldar a ellas la historia literaria?

Si ni la Nacionalidad política española ni el Estado Español, basta, como no bastan en las demás naciones y lenguas, para determinar y poner lindes y términos a la Nacionalidad literaria, ¿cuál será el elemento deslindante y especificante? ¿Será la lengua? La lengua no la cree Menéndez Pelayo ese elemento diversificante, admitiendo la posibilidad de una misma Nacionalidad literaria con diversidad de lenguas. Pues si así fuera, dice, no serían españoles ni pertenecerían a la literatura española, ni los autores Hispano Romanos, ni Alfonso X el Sabio por escribir en varias lenguas, ni Vives por haber escrito en latín, ni las literaturas regionales, leonesa, catalana, gallega. Menéndez Pelayo, hemos visto cómo incluye en la literatura española o en la Nacionalidad literaria española hasta a los árabes y hebreos y también a los portugueses M. Gil Vicente, Sa de Miranda, Camoens que a veces emplean dos lenguas en una misma composición.

Españoles fueron en la Edad Media los tres romances peninsulares; todos recorrieron un ciclo literario completo, conservando unidad de espíritu y parentesco de formas en medio de las variedades locales. Eran tres dialectos hijos de una misma madre, hablados por gentes de la misma raza y empeñados en la misma empresa, en la España una y trina de Unamuno.

Siendo la lengua una cosa más imprecisa, indeterminada, vaga y más movible de lo que parece, no es fácil tomarla como elemento especificante o determinante. Como efecto del castigo de la Torre de Babel, los hombres propendemos a diferenciarnos y separarnos y dividirnos por las lenguas. El sajón, el prusiano, el hannoveriano, el renano, el austriaco, el tirolés, el suizo, todo es alemán, pero son todos lenguajes diversos. Y se dan diversificaciones aun dentro de las regiones de una Nación; y dentro de la región, en las ciudades, y aun dentro de las ciudades, en los distritos o barrios; pero eso no quita que todos formen la nacionalidad literaria alemana. Lo mismo podríamos decir de la lengua italiana, francesa, inglesa. Y lo mismo sucede en la Nacionalidad literaria Española, el gallego, el portugués, el leonés, el catalán, el valenciano, el mallorquín, el menorquín, el ibicenco, etc., en el mismo castellano ¡qué diferencias entre el de la Meseta y el andaluz y el aragonés! pero todas esas modalidades forman la nacionalidad literaria española.



Para Menéndez Pelayo la lengua no es como para Fichte o Beockh la nota perceptible más radical de la especificidad nacional lo que ellos llaman Sprachnation, ni el lazo más inequívoco que une a todos los miembros de una nación en una comunidad espiritual. Verá la lengua Menéndez Pelayo según el nos dice más como vestidura que como substancia. Lo más radical de una nación no es para él la lengua sino la raza, su raíz biológica. La lengua no es lo que da lo substancial ni lo formal sino el estilo es el que da eso. La lengua es el instrumento con que se expresa un *estilo* de vivir y de ser, anterior a ella, es el estilo propio del genio nacional o de la raza. La lengua no es el signo de la raza, ni nos, da lo substancial y formal de ella. El signo de la raza, su forma primitiva, es el estilo.

¿Dónde encuentra Menéndez Pelayo el elemento que da unidad a la Nacionalidad literaria? Nos dice que está en el estilo interior: de ideas, sentimientos, genio, espíritu «Las tres literaturas nacionales reflejaban las mismas ideas e iguales sentimientos, recíprocamente se imitaban y traducían y cedieron el mismo paso a extrañas influencias». Mucho puede la lengua, pero no basta a partir en dos a un escritor, dice de los autores bilingües, pues escriben con el mismo espíritu y emplean las mismas normas. «Para aquilatar el *ingenio* de un escritor es fuerza tener a la vista el conjunto de sus lucubraciones y relacionarlas».

«La misma similitud, o digámoslo mejor, identidad que reina en el conjunto, brilla en los pormenores, los humanistas, poetas e historiadores que desde el siglo XV florecieron, españoles, eran como nosotros, pensaban y sentían como los demás españoles de su tiempo». Hablando del P. Mariana dice: «Tan español era cuando escribía su Historia general en latín, como cuando la trasladaba al castellano. Pensamientos y estilo eran los mismos; sólo variaba la lengua. Y no en la lengua, forma de suyo variable y sujeta a mudanzas, sino en el estilo está la unidad interna de las literaturas. ¡Cuánto más españoles en el pensar, en el sentir y en el escribir, son Luis Vives y Arias Montano, que la mayor parte de los prosistas castellanos del siglo XVIII o del siglo XIX. En los unos resplandece el *genio* nacional y los otros no son más que pálidos reflejos de una cultura extraña».

«No desconozco ni en modo alguno niego la importancia de la lengua como prenda de nacionalidad y signo de la raza; pero creo que la lengua no es más que la vestidura de la forma, y concibo la forma sin la lengua como concibo la estatua desnuda. Ni lo substancial ni lo formal lo da la lengua sino el estilo, comprendiendo bajo esta palabra en el orden puramente estético literario todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser idea pura (si alguna vez lo es, que lo dudo). Y en el orden filosófico será el encadenamiento lógico especial de las ideas que sería su forma filosófica».

«Entendiendo por forma, no la mera exposición literaria, sino algo más íntimo y profundo, es a saber la facultad si no creadora,

ordenadora que encadena en una original exposición las ideas, y forma con ellas una trama que llamamos sistema, es decir un verdadero poema filosófico. Y en ese ritmo, en esa serie lógica y animada de estrofas ideales está la mayor originalidad, casi la única que cabe en el pensamiento humano».

Ese estilo (en lo estético) y esa forma en lo filosófico, en el fondo quizá nos lleve otra vez a lo biológico, castizo, racial, genialista, como explicación última. Pues en Menéndez Pelayo, estilo no es simplemente lo literario, ni estilo es como lo es para José Antonio por ejemplo, por no citar más que a un autor moderno que ha hablado mucho del estilo, no es un modo de ser o de vivir adquirido por una nueva fe y una nueva voluntad en la tarea de hacer la vida, un hábito adquirido: sino que es un modo de ser nativo ingénito, biológico, un hábito de la primera naturaleza, un hábito congénito «innato» si existe, y si se puede hablar así.

Y cediendo un poco al que insistiera en el valor de la lengua como elemento de nacionalidad literaria según la teoría llamada Sprachnation de Fichte o de Beockh, dice «y si extremar quisiéramos las cosas quizá diría yo que una sola lengua (prescindiendo de la aislada rama eúscara o turania) la lengua del Lacio ha servido de instrumento al genio español, ya íntegra y pura, ya corrompida y desmenuzada en tres dialectos que al separarse quizá se distinguían menos que los dialectos griegos, y que más tarde, a despecho de su gran desarrollo léxico y sintáctico han conservado tales analogías y similitudes y un tal aire de familia (facies non omnibus una, nec diversa tamen, quales decet esse sorores) que claramente los separan y distinguen de las otras ramas del tronco latino».

Eso llevaría fácilmente a la Nacionalidad literaria latina que no tiene dificultad en admitir Menéndez Pelayo, admitiendo una unidad racial, pero sin renunciar a la especificación, pues si bien es verdad que el modo de filosofar español, lo mismo digamos de la literatura..., no diferirían esencialmente en España de los de otras gentes latinas, pero todavía bajo esa unidad en lo substancial cabe infinidad de variedad y riqueza de pormenores y accidentes (ciencia Española).

Pero Menéndez Pelayo no es tampoco ante esa España literaria de definiciones o abstracciones, ante la que se sitúa en su vida, ni es ese aspecto metafísico de la España literaria lo que le interesa y le absorbe todos sus alientos, sus talentos, su energía y su vida, sino la España literaria concreta, ante la cual supo situarse al principio de su vida cultural y ante la cual permaneció con fidelidad hasta el sepulcro, en la ruda tarea que emprendió para reanimarla, resucitarla y darla a conocer aun a los mismos Españoles con los 62 tomos que son una parte tan sólo de su obra en servicio de España.

José de C. SOLA, S. I.